

EL DIVINO VALLES.

PERIÓDICO DE MEDICINA ESCLUSIVAMENTE ESPAÑOLA.

POR

Don Mariano Gonzalez de Sámano.

REDACTOR ÚNICO.

Se publica en Barcelona, y sale cuatro veces al mes. — PRECIOS DE SUSCRIPCION: — Para la península é islas adyacentes; Por un año, 40 rs.; Por medio, 20 rs. — Para el extranjero: Por un año, 60 rs.; Por medio, 30 rs. — Las suscripciones empezarán á contarse desde primero de año, ó desde primero de Julio, aun cuando se hiciesen en los intermedios de estas épocas, recibiendo los interesados todos los números que les correspondiese. — Los remitidos francos de porte, sin cuyo indispensable requisito no serán admitidos, se dirigirán á D. Mariano Gonzalez de Sámano, redactor único, en Barcelona.

ADVERTENCIA.

El número anterior 42, segundo correspondiente al mes de setiembre, tirado en Madrid, debe ser el 43, tercero correspondiente al mes espresado, cuyo artículo de fondo empieza: «En el artículo anterior (número 38) etc.»

Seccion Segunda.

Reorganizacion médica española.

PROYECTO DEL DIVINO VALLES.

Supuesta la necesidad de una autoridad superior médica, si es que se quiere que la reorganizacion no sea una utopia: ¿cuál debería ser esta? ¿cómo habrá de llamarse? ¿qué forma y qué plantel la corresponderán mejor, al desempeño de su elevada mision? (Proposicion 2.ª)

Admitido el nombre que hemos indicado para significar la autoridad superior médica, tan necesaria sin disputa á quererse llevar á colmo la reorganizacion de la ciencia de curar; preciso es para terminar la testificacion de la proposicion que nos ocupa, indicar el plantel que mejor la corresponderia al desempeño de su elevada mision.

Por de pronto podráse notar que nuestras pretensiones no son incompatibles con los derechos que autoridades superiores podrian pretender de la propuesta por el DIVINO VALLES: los escritos ulteriores harán ver esta verdad y ellos servirán á tranquilizar las imaginaciones cabulosas en esta parte. Por ahora sigamos nuestro rumbo á ver si de no ser todas, cuando menos se admiten algunas de tantas indicaciones como ha presentado y presentará el periódico de medicina exclusivamente española.

LA INSPECCION GENERAL DE SANIDAD DEL REINO debería tener por atribuciones propias é inherentes, todo cuanto es y fuese perteneciente á la salud del pueblo, segun bien terminante indica su mismo nombre. Asi pues, cuantos ramos se hallan como en fraccion del todo, perteneciendo á este ó al otro ministerio, deberían reconcentrarse para

su unidad, en la INSPECCION GENERAL DE SANIDAD DEL REINO, mas esto sin perjuicio que segun fuese el ramo y su naturaleza, llevase del ministerio correspondiente la autorizacion suprema para el cumplimiento necesario. Por este camino bien sencillo, llegarían á conseguir los señores ministros un exacto conocimiento de los asuntos médicos; las disposiciones serian mas rápidas y sobre todo muy justificadas. Bien recordamos que en todos los ramos de la ciencia hay empleados entendidos que resuelvan las dificultades, no desconocemos el profundo saber de los consejos de instruccion pública y de sanidad del reino, estamos firmemente persuadidos del celo de las academias, en cuanto pueden tenerle atendida á su raquítico y vetusto reglamento; pero ya ha hecho ver el DIVINO VALLES en otros artículos, lo que se puede esperar de estas corporaciones bajo el pie que se encuentran por mas celo y patriotismo médico que queramos concederlas.

La primera forma que habria de recibir por necesidad, seria su division en tantas secciones como ramos principales se conocen ó admiten en la ciencia, con á mas uno para la veterinaria. Por consiguiente, habria estas cinco: Seccion de medicina: Seccion de cirugía: Seccion de farmacia: Seccion de medicina castrense: Seccion de veterinaria. Conveniente nos parece antes de entrar en detalles minuciosos, apoyar el pensamiento con un *considerandum*.

Por mas que la mayoría se esfuerce en demostrar que la ciencia de curar es indivisible; es cuestion todavía no resuelta; pudiera estarlo afirmativamente por lo que hace y se refiere á los estudios de ella, mas en cuanto á la práctica en España habria sus dificultades.

Estas mismas nos obligan á proponer una Seccion de cirugía. Y en efecto, si se forman pretensiones para que la cirugía se refunda en la medicina, constituyendo así una sola seccion, ¿por qué no tambien la farmacia? Para pretenderlo discurrimos de esta manera. Si la cirugía siendo una parte de la terapéutica debe pertenecer á la medicina, así tambien la farmacia, cuya ciencia en rigor, no es mas que un ramo terapéutico. Este principio

nos conduciría á la precision de no admitir mas secciones que una, en lo cual no creo hallarse acordes ni aun dos de los veinte mil profesores existentes. Si la farmacia como rama del tronco que simboliza la ciencia, tiene justísimas razones para haberse emancipado, tambien las tiene la cirugía, por lo que al menos se refiere á la buena organizacion de la *sanidad del reino*, por cuya sola circunstancia examinamos la cuestion. En cuanto á la *seccion de veterinaria*, estamos de acuerdo con el parecer de nuestro apreciado comprofesor en Mahon, D. Jaime Ferrer. Sobre ser una ciencia de igual índole que la médica, aun cuando el objeto á que se dedica no sea tan grandioso y sublime, pueden presentarse, por ejemplo, en tiempos aciagos de epidemias, cuestiones epizóticas cuya resolucíon ilumine algunos puntos oscuros de higiene pública y aun privada. ¿Quién dudará, ni aun por el momento, que apenas se podrá presentar una cuestion de higiene pública, sin que para su mejor y acertada resolucíon deba intervenir la veterinaria?

Reconocidas las cinco *secciones*, una de medicina, una de cirugía, una de farmacia, una castrense y una de veterinaria; cada cual de ellas deberia tener á su cabeza y al frente de su direccíon, un profesor de la clase respectiva, elegido con imparcialidad, con tino y á conciencia de los muchos beneméritos distinguidos que figuran en ellas. Desde luego comprenderán los lectores que para las dos primeras secciones podrian presentarse candidatos médicos y cirujanos puros, del mismo modo que médicos-cirujanos, porque antes, ahora y siempre, hemos desechado y desecharemos con todas nuestras fuerzas intelectuales, las pretensiones de cualquiera especie, siempre que tuviesen tendencia á abrogarse derechos que deben ser iguales para todos. La diferencia para justificarse debe tener por base el saber y la probidad, y toda vez que estas honrosas cualidades adornasen á sugetos de tal categoría facultativa de las admitidas por desgracia de la ciencia, deberian premiarse de una manera decorosa, como premio del *saber y de la probidad*, cualidades que no creemos vinculadas en una clase determinada de individuos facultativos.

Estos individuos, quienes podrian muy bien llamarse inspector de medicina, inspector de cirugía, inspector de farmacia, inspector castranse é inspector de veterinaria, formarian un cuerpo que seria, y constituiria en rigor, la INSPECCION GENERAL DE SANIDAD DEL REINO. En cualquiera y en todas las deliberaciones y determinaciones, habrian de constituirse en junta, decidiendo la votacion la mayoria.

Resuelta y votada, deberia pasar para su confirmacion y cumplimiento como si tuviese toda fuerza de ley, al ministerio á que correspondiese. Por ejemplo si versaba sobre instruccion al de Gracia y Justicia, si acerca de higiene etc. al de Gobernacion, si de medicina castrense al de Guerra y así de las demas.

Sin embargo de nuestras razones para la divisió propuesta, se nos ocurre una dificultad con relacion á la sanidad militar y es, que acaso para ser consecuentes deberíamos admitir tantas secciones como en el cuerpo de sanidad civil. Mas, la argumentacion que pudiera presentárenos es es-

paciosa. En primer lugar parte de la seccion castrense, como es la de la enseńanza, no puede pertenecer á la castrense propiamente tal, sino que deberá hallarse confundida con las disposiciones generales para todos los alumnos. Otra razon para que la *seccion castrense* no admita divisiones, es la diferencia en el ejercicio profesional en el ejército, en donde hallamos de absoluta necesidad del desempeño de la medicina y cirugía por un solo profesor, al paso que en la clínica civil y mucho mas en los partidos y círculos médicos haremos ver á su tiempo la necesidad de dividir la práctica.

(Se concluirá.)

AGONIA DE LA MEDICINA

Y

MEDIOS PARA SACARLA DEL BORDE DEL SEPULCRO,

ó sea

UN PROYECTO DE ASOCIACION

MÉDICO-POLÍTICA DEL REINO

QUE PUBLICA

D. Martin Castells

MÉDICO-CIRUJANO

CABALLERO DE LA ÓRDEN AMERICANA DE ISABEL LA CATÓLICA, SEGUNDO AYUDANTE DE CIRUJIA QUE FUE DEL EJÉRCITO, CONDECORADO CON LA CRUZ DE SAN FERNANDO DE PRIMERA CLASE Y OTRAS DE MÉRITO ETC.

(Continuacion al núm. 42.)

ARTICULO 7.º

La junta censora concluidas las oposiciones deberia resolver en el improrogable término de veinte y cuatro horas el sugeto ó sugetos á favor de quienes recayesen las oposiciones, y en su consecuencia estenderle el diploma que podria concebirse en estos términos.—*La junta censora de la provincia de.*—Competentemente autorizada por la ley para proveer de los facultativos necesarios todos los partidos que se hallen vacantes en la misma.

Cumpliendo religiosamente los artículos del código nacional que se ocupan de esta parte, y convencidos del distinguido mérito que V. ha contraído en las oposiciones públicas que al efecto se han practicado; hemos venido en agraciarse con la plaza de médico-cirujano (ó farmacéutico) del partido de. . . . que por ser de tal clase, corresponde á V. el sueldo líquido de. . . . el cual le será á V. satisfecho por trimestres por el respectivo ayuntamiento, y del que no podrá V. ser removido sin prévia formacion de causa y sentencia que así lo dispusiera.

Dado en. . . . á. . . . del mes de. . . . del año. . . . El gefe político presidente, F. y Z., vocales etc., etc., etc. El secretario.—Sello.

ARTICULO 8.º

Los ayuntamientos serian los responsables del puntal pago de la correspondiente consignacion

que podrian verificarla mediante una distribucion vecinal en la que por una parte tuviesen presente las posibilidades y por otra el número de cada familia.

ARTICULO 9.º

El profesor deberia entenderse para el cobro esclusivamente con el síndico del ayuntamiento, aunque todo seria responsable si aquel dejase de cumplir con la ley.

ARTICULO 10.

Los profesores no podrian ausentarse para mas de seis dias de sus respectivos partidos, y aun en este caso dejando algun compañero avisado para que llenase sus vacios, y si con motivo de haber de ir á muy larga distancia, por ejemplo, á oposiciones para otra plaza, ó reponer algun achaque, tuviesen que estar algun tiempo ausentes, deberian poner por su cuenta un profesor graduado y solicitar de la junta censora el correspondiente permiso, la que no se lo negaria alegando causas razonables.

ARTICULO 11.

Siempre que la rebeldia de algun pueblo llegase al extremo de desentenderse de los deberes que la ley le impusiera, por efecto de antipatía de algunos vecinos que nada encuentran bueno mas que lo que resulta de sus caprichos, la junta censora debiera hallarse completamente facultada para nombrar un comisionado que trasladándose en el pueblo donde ocurriera cualquier incidente contra lo que prescribieran las leyes, instruyese un pronto espediente por el que hiciera recaer el castigo, bien fuese contra el profesor que olvidase sus deberes, ó bien contra los que resultasen calumniadores ó promovedores de cualquiera desorden.

Yo creo que por lo que respecta á las atribuciones de la junta censora debieran concretarse las multas que podrian imponer desde 100 hasta 3,000 rs., de los que podrian servir la mitad para el hospital general de la respectiva provincia ó casa de beneficencia, y de la otra mitad dispondrian libremente los vocales de la junta censora.

El pago de dichas multas debiera siempre exigirse de los bienes propios del que resultase culpado.

ARTICULO 12.

A fin de que se pudiesen solventar ciertas etiquetas que algunas veces se promueven entre facultativos y autoridades de pueblos, si la reclamacion fuese de una mitad aproximadamente de sus vecinos contra el profesor, debiera quedar autorizada la junta para permitir las permutas que considerase ventajosas; pero nunca tolerar que ningun ayuntamiento ni otra persona alguna separase de su destino á un profesor que la ley hubiese colocado; pues de otro modo no dejarian de observarse abusos con motivo de resentimientos particulares y por efecto de las opiniones políticas de que abundasen, si tal se consintiera.

ARTICULO 13.

Las juntas provinciales procurarían por todos

medios, que la censora activase la resolucíon y acuerdos que á ella incumbieran y dispondría se insertaran en los periódicos médicos cuantas medidas se tomasen.

ARTICULO 14.

Para la investigacion y observacion de pestes, epidemias y contagios que exigiese el bien general, la junta provincial censora quedaria plenamente autorizada para nombrar uno ó mas profesores de los que existieran en el distrito de la provincia á los que señalaría una gratificación proporcionada al mérito que contrajese, el trabajo que les ocasionare y el peligro á que se espusieran.

ARTICULO 15.

Las gratificaciones á que se refiere el artículo anterior serian satisfechas de los fondos de provincia las dos terceras partes y de los fondos del comun del pueblo ó pueblos, ó de un reparto vecinal la otra, en cuya extraordinaria recompensa debiera comprenderse al facultativo del partido donde desgraciadamente aparecieran enfermedades tan terribles que exigieran tales medidas.

ARTICULO 16.

Los profesores de partido cerrado no podrian desamparar su plaza por pretesto alguno, ínterin durase la peste ó epidemia que se declarase, siendo responsables, hasta con la vida, de faltar á tan sagrado deber.

ARTICULO 17.

A fin de que el premio galantease debidamente á los facultativos que arrostrasén voluntariamente los peligros que llevase consigo una peste mortífera, podrian establecerse jubilaciones, viudedades, recompensas particulares y condecoraciones; todo lo que seria bien necesario si desgraciadamente apareciese tan cruel azote de la humanidad. Dichas recompensas debieran ser religiosamente cumplidas por el gobierno, á propuesta de la junta censora.

ARTICULO 18.

Con la laudable mira de que la aplicacion y aprovechamiento de los profesores llegase á su apogeo, podria designarse dos veces al año un premio á favor del que escribiese con mas precision y lucimiento una memoria acerca de las materias que se creeran de mas utilidad, el cual serviria tambien de mérito al agraciado para optar cualquier otro destino que pretendiese, sujetándose á las leyes establecidas.

ARTICULO 19.

A fin de juzgar con mas imparcialidad las memorias á que se refiere el artículo anterior, la junta provincial censora antes de calificar decididamente á favor del que quisiera agraciarse con el premio, deberia llamar reunion de la junta médico-política provincial, con el objeto de que dis-

cutiera á qué escritos conceptuase mas dignos del premio, y en su consecuencia proponer á la censora una terna que podria desestimar hasta tercera vez; pero que al fin, previa la impresion de dichas tres memorias y la calificación que merecieran por los periódicos médico-nacionales, á cuyo fin se les remitiria un ejemplar, procediese con acierto á la eleccion de la que hubiese obtenido mas criterio.

En el supuesto de que todas fuesen brillantes y en los periódicos se notara igual partido á favor de unas que de otras, dicha junta resolveria por medio de la votacion, si la suerte ó la mayoría de votos habian de decidir á qué sugeto correspondia el premio. En caso de que la suerte lo decidiera, la junta daria un documento en forma de diploma á cada uno de los sorteados, entre los que únicamente se distinguiria el agraciado de los otros dos en que se espresaria habia obtenido por suerte dicho premio, en esta forma:—«La junta censora de la provincia de... En consideracion al eminente mérito que ha contraido don F. de T., médico-cirujano, escribiendo una memoria acerca tal enfermedad (ó descubrimiento que tuviese conexion con la profesion) por la que entre el número de tantas que se han presentado, ha sido una de las tres que han merecido la calificación de sobresaliente, y habiéndole tocado en suerte el premio de 2,000 rs. (ó lo que fuere) ó bien (sin embargo de no haberle tocado en suerte el premio de.... reales) le libra esta patente para que forme parte en su hoja de méritos.

Dada en..... á tantos etc.

El Presidente,

F. de T.

Por A. D. L. J. C.—F. de T., secretario.

ARTICULO 20.

Iguals premios se concederian á los farmacéuticos que presentasen memorias por lo que respecta á las materias de su profesion y obtuviesen la censura de sobresalientes, previas las formalidades que se refieren en el artículo anterior, respecto á los médicos-cirujanos.

ARTICULO 21.

Supuesto que el charlatanismo seria tan difícil de destruir en nuestra embrollada nacion, seria menester imponer multas de alguna consideracion á los curanderos é intrusos para evitar cuestiones con los profesores de partido cerrado, los que hallándose en poder de la junta censora que al efecto debiera tener un depositario nombrado, servirian para contribuir al pago de los premios que se citan en los dos artículos precedentes; y caso que no hubiese lugar á exigir multas, la junta censora señalaria una pequeña cuota á cada profesor de toda la provincia (1) para que se hiciera efectiva la cantidad que se hubiese asignado para el premio, lo que anunciaria por medio del Boletín provincial de medicina.

(1) Si es que no fuese preferible el que se asignase na cantidad de fondos de la diputacion.

ARTICULO 22.

La visita de hospitales y cárceles en los pueblos que no pasasen de 300 vecinos y el número de presos y enfermos no llegase á 30, iria de cuenta del facultativo del partido, sin que por dicho servicio obtuviese mas sueldo que el asignado á su clase; mas en los pueblos de mayor número de vecinos, siendo cabeza de partido, ó se señalaria un profesor para el servicio de hospitales, cárceles y casa de beneficencia, ó desempeñarian dicho servicio por turno y por trimestres los profesores del mismo partido, todo segun el trabajo que dichas obligaciones originasen y la posibilidad para el mas puntual y cumplido desempeño.

ARTICULO 23.

Los males producidos por mano airada ó que el tribunal tuviese que entender en ellos, deberian ser satisfechos al profesor que los socorriese de los bienes del que resultase criminal, y cuando este no tuviese medios, de los fondos del ayuntamiento del punto donde ocurriese cualquier incidente.

ARTICULO 24.

A fin de que en ninguna ocasion faltase el auxilio debido á un moribundo que se hallase en cualquiera punto, debieran ballarse completamente autorizados los profesores para que, sin necesidad de la autoridad local ni mas requisito que la filantropía de socorrer á la humanidad, pudieran proceder á tomar las disposiciones que conceptuasen mas del caso para el bien del paciente.

CAPITULO XI.

De los uniformes ó trajes y ordenanzas médicas.

ARTICULO 1.º

Pocos se ballarán debidamente impuestos de lo mucho que influiria en favor de la profesion el determinar un traje que, al paso que fuese sério, modesto, decente y curioso, guardase la mas exacta uniformidad entre todos los que desempeñasen un destino igual, al menos durante el tiempo que se pasasen las visitas, se tuviesen juntas ó consultas ó se desempeñase alguna mision que tuviese roce ó conexion con nuestra facultad; y en una palabra, en todos los actos del servicio. Sabido es ya de todo el mundo cuánto influye el lujo para que el hombre ocupe en la sociedad una esfera sumamente mas elevada de lo que sus cualidades morales le proporcionarian, por mas recomendables que fuesen, si se desentendiese absolutamente de aquel.

Los que han vivido largo tiempo en la corte y grandes capitales, y sobre todo, los que por su posicion social han tenido que relacionarse de continuo con los grandes personajes, son indudablemente los que calificarán con mas acierto cuán fundado se halla en la razon mi aserto. Aun en los pueblos de muy corto vecindario observamos diariamente que á pesar del atraso que hay en la

educacion, se prestan mas sumisos sus moradores con aquellos que su aspecto físico indica ser algun personaje, que con otros que aunque saben se cuentan en el número de los sábios, vistan mas sencillamente. Estas ideas y la certeza de que la uniformidad de nuestra clase puede contribuir eficazmente al logro del objeto que se propone este plan, no me permiten pasar este pensamiento en silencio, y asi es, que me ha parecido deberle poner á la consideracion de mis apreciables compañeros, para que estimándolo del modo que crean mas conforme, decidan con razones lo mas convincentes que sea posible, si la mayoría se conforma ó no con esta idea.

Yo á la verdad, fundado en las leyes de la naturaleza, nada encuentro en el mundo mas agradable ni satisfactorio para el hombre, que aprovecharse de los beneficios que la misma nos prodiga con tanta generosidad; pero la sociedad ha puesto ciertas escepciones que aunque están en contradiccion con aquellas leyes, se sujetan, no obstante á ellas, gustosos los hombres al ver que les reportan incalculables ventajas.

Y sino ¿qué dón mas apreciable pudo conceder naturaleza al ser humano, que la libertad? Ninguno seguramente. Y no vemos sin embargo cuantas reformas no ha hecho la sociedad para que la libertad individual no produjese una baraunda, un trastorno general? Sí, ciertamente han sido indispensables ciertas restricciones á la libertad, que naturaleza concedió al hombre; pero estas mismas están siempre fundadas en el buen juicio, en la imparcialidad, en la igualdad de todos los seres de la primera escala y en la misma ley de la naturaleza. No se interprete ahora el que yo apoye las que la sociedad impone á la libertad que ella concedió para desnivelar las clases del orbe entre sí, ni para apoyar la aristocracia, nada de eso: conceptúo los hombres iguales en la cuna, la misma que á muchos prepara ya la suerte, y atribuyo á las favorables circunstancias con que ella protege á los mas, de los que mejores y mas satisfactorias posiciones ocupan en este pasajero mundo.

Para mí lo mismo que para la naturaleza, igual es un zapatero, un albañil ó un labrador que un coronel, un general, un rey ó un ministro; y si los hombres respetan las categorías, ha sido porque ellos mismos las han creado, las han sostenido y las conservan para mayor orden é inteligencia entre sí, asi como para premiar el mérito, el celo, el trabajo y la virtud etc.

La naturaleza ha dejado el campo despejado á todos los seres humanos para conseguir los beneficios que la misma en sus leyes ha puesto para todos iguales.

No hay porque esclamarse contra la desigualdad de fortunas; porque son estas tan necesarias y naturales, como el que una corriente arrastre un madero de igual dimension y forma que una piedra que respeta. Y sino supongamos que se reparten las fortunas por igual entre todos los hombres. ¿Cuántas horas tardarian á desnivelarse? No podria ciertamente tardar mucho, respecto á que los unos se entregarían á la holgazanaria, mientras los otros reflexionando acerca el porvenir, trabajarían cual corresponde y cual sucede en la actualidad. A mas

de que ¿no son las adversidades de esta vida, tales como el tener que atender á un crecido número de familia, las enfermedades, la equivocacion en un cálculo especulativo ú otras análogas las que ocasionan este desnivel? Ciertamente y en mi concepto es tan difícil observar igualdad en las fortunas (como equivocadamente pretenden unos pocos del actual siglo) como la igualdad de figuras, de acciones, de estaturas etc.

Establecida pues por la misma naturaleza la ley de que los hombres gocen en este mundo de un mayor número de ventajas conforme con los medios que con mas acierto pongan en ejecucion, deber nuestro es no omitir uno siquiera que á tal fin se dirija.

Asi es que antes de esplanar minuciosamente la idea acerca de la utilidad que podria reportarnos el adoptar un traje igual todos los facultativos, he discurrido detenidamente acerca el particular y he reconocido al momento que era otro de los alicientes que mas contribuirían al respeto de la clase.

1.º Porque no se podria dudar de la elevada categoría á que correspondia, al momento en que se reconociera el profesor por el traje.

2.º Por la fácil y mútua proteccion que se podrian proporcionar persuadidos á primera vista, del sugeto que correspondia á su hermandad.

3.º Por el respeto que impondria el uso de un traje honesto, sério y de determinada figura, la que únicamente podrian cambiar todos los socios de una provincia en masa, y si posible fuese de toda la nacion.

4.º Y último. Para que cualquiera que en un caso perentorio buscase un facultativo, le fuese mas fácil hallarle aunque no le conociese.

Bien seguro es, que á poco que se discurriese, podrian citarse otras muchas ventajas dependientes de la uniformidad de traje, del mismo modo que lo seria el que todas las clases de la sociedad adoptasen el suyo particular á fin de que con la ropa ya se reconociera al sastre, al zapatero al abogado y el labrador, del mismo modo que se reconocen hoy dia los curas, los militares los marineros etc.

No dudo se atribuirá á una quimera mia el pretender que cada profesion, cada oficio de la sociedad estableciese su traje particular, mas si el hombre no se alucina, vislumbrará desde luego que seria una disposicion de policía tal, que indudablemente contribuiría eficazmente al aniquilamiento de los holgazanes, sobre todo si al uso del traje se añadiese la circunstancia de tener por precision que llevar consigo una patente del gremio respectivo á que uno perteneciese, en la que estuviese anotada la filiacion, y el tiempo y donde hubiese cada uno desempeñado su oficio ó profesion ¿Se querrá suponer que esto seria contra la libertad del hombre? Si tal alguno intenta, yo, aunque pobre lógico me comprometo á convencerle de lo contrario; porque ¿quién sino un vagamundo se desdeñará de manifestar al mundo á que oficio ó carrera pertenece? ¿No es por ventura propio de ignorantes y embaucadores el robar el nombre de tal ó cual profesion ú oficio para colocarse en apariencia en una esfera de que no son dignas? En fin, no es mi ánimo reformar otra clase mas de la sociedad, que aquella para la que tenga

un interés directo por formar número en sus filas y por los imaginables deseos que tengo de que prospere mi tan apreciable profesion; sin embargo no me ha parecido estemporánea la indicacion acerca la utilidad positiva que reportarian todos los hombres de que esta última circunstancia se hiciera estensiva á todas las clases. Ello es cierto, que aun en el dia se siguen determinadas reglas para indicar la clase á que cada uno corresponde, puesto que el abogado ha adoptado el baston, el sastre la vara, el albañil la regla y otros oficios y profesiones su insignia mas ó menos apropiada. ¿Pero es esto bastante para no ser confundidos unos con otros? Ciertamente que no; porque el médico, el abogado, el juez etc., todos quieren demostrar con su baston la esfera social que ocupan, y no es fácil distinguir las atribuciones que á cada uno incumben; á mas de que ha llegado á tanto el abuso que un mequetrefe cualquiera, un tahur de café ó un jugador de profesion, si alguna casualidad ó su maña ha favorecido su fortuna, se arma de un baston y se confunde con aquellos á quienes no debiera estarlo por pretesto alguno atendida la diferencia que va de unos á otros.

(Se continuará.)

Seccion Tercera.

MEDICINA PRACTICA.

Aplicacion de la filosofía médica al conocimiento y curacion de la calentura amarilla.

Obra extractada de un clásico francés, por don Miguel Villalba, discípulo del ilustre autor, y doctor en medicina de aquella escuela (1).—
Orotava 14 de mayo de 1831.

PRÓLOGO.

Durante las grandes epidemias, en medio de ciudades afligidas por un CONTAGIO DESTRUCTOR, es cuando mejor se puede conocer, cuando mas exactamente se puede evaluar el funesto influjo de las hipótesis, de las ideas exclusivas, que tan gratuitamente condecoran sus autores y partidarios con los pomposos títulos de *Doctrinas de sistemas*.

En efecto, entonces se une al cruel azote de la enfermedad otro azote no menos terrible: *el vulgo médico*, que, incapaz de observar profundamente la naturaleza, para poderla socorrer eficazmente en sus apuros, solo se ocupa del temerario empeño de sujetarla á sus preocupaciones, á sus estrechas ideas, á sus errados cálculos; convirtiéndose de este modo el mas saludable de las artes, en un arte esterminador.

La ambicion de ciertos hombres crea nuevas hipótesis en medicina, ó renueva hipótesis ya olvidadas; la ignorancia y la ligereza del pueblo médico las abraza con ardor, y las propaga con fanático celo. No se trata ya de analizar las enfermedades para descubrir por este medio las verdaderas indicaciones curativas, y fundar en ellas planes de cura-

(1) Como que, tanto el que la extracta, como lo principal de ella, nos pertenece, no hemos tenido reparo en darle un lugar correspondiente en el periódico de medicina exclusivamente española. (E. R.)

ciones racionales; solo se trata de aplicarles la nueva doctrina; de explicar su formacion segun la idea exclusiva que el Patriarca de la secta ha querido que sirva de base á la ciencia; de fundar un plan curativo en la nueva hipótesis. Mas ¿quién no vé lo absurdo de este modo de proceder? ¿Quién no vé sus fatales consecuencias? Pero tales son las ventajas que saca la pobre humanidad de los sistemas de medicina hechos á prisa y por un solo hombre!

La verdadera ciencia médica no puede ser obra de un solo hombre, ni de una generacion: todo individuo que pretenda haberla creado es un charlatan digno del mayor desprecio. La medicina es hija de la observacion y de la esperiencia de muchos siglos.

Para reunir la infinidad de hechos de que se compone la parte histórica de la patología, era necesario el concurso de varias generaciones. Para crear la parte filosófica de esta ciencia se necesitaba, ademas del tiempo, de cierto número de hombres que, dotados de un talento superior, pudiesen clasificar los hechos segun sus analogías y sus diferencias, para elevarse de este modo á la existencia de las causas de los fenómenos patológicos, y al conocimiento de las leyes en fuerza de las cuales producen estas causas sus efectos.

Tal fué el espíritu de la escuela de Cos; tal es el espíritu que anima á la escuela de Montpellier.

El método de filosofar es el mismo en ambas escuelas: y el pasage siguiente, sacado de las *Prænotaciones*, contiene, si yo no me engaño, todo el secreto de este método.

«Es necesario deducir las reglas de la medicina práctica, no de una série de consecuencias, por mas probables que estas parezcan, sino de la esperiencia dirigida por el raciocinio. El juicio es una especie de memoria que reúne y pone en orden las impresiones que reciben los sentidos; porque antes que el pensamiento se forme han recibido los sentidos todo lo que debe formarlo, y por ellos entran al alma los materiales de la reflexion. Digo pues que el raciocinio no debe fundarse sino en los fenómenos, y apoyarse únicamente en ellos. El juicio debe consultar la memoria, á fin de que ésta le presente los fenómenos segun su orden de sucesion. Hay en la naturaleza varias causas ocultas de los trastornos que ella nos ofrece, y los fenómenos sensibles manifiestan estas causas, á las cuales están unidos con los lazos de la necesidad. Por este único camino puede llegar el entendimiento humano á la verdad; al paso que cuando los raciocinios no son una cadena de sensaciones, sino una sucesion de suposiciones verosímiles, se forman juicios que tienen muy malas consecuencias. Los que ejercen la medicina fundados en semejantes principios encuentran el castigo merecido en el mal éxito de sus aplicaciones.»

¡Qué de filosofía en estas pocas líneas! ¡Cuántos errores hubieran evitado los metafísicos y los médicos si las hubieran meditado seriamente! ¡Ellas contienen, en compendio, toda la moderna ideología!.... Así como las obras de Hipócrates, en general, contienen, tambien en compendio casi todo lo que los grandes médicos de estos últimos tiempos nos han enseñado en las suyas; pudiéndose

muy bien decir, con un catedrático erudito, «que el alma del *divino anciano* es una especie de espejo que refleja el sistema completo de la naturaleza viviente; representándolo, reproduciéndolo todo; mas no teniendo siempre una conciencia razonada de lo que tan perfectamente ha sentido.»

Algunas antiguas escuelas españolas se han propuesto continuar el sistema médico de la escuela de Cos, siguiendo su método de filosofar: es decir, observando los hechos; clasificándolos, según sus legítimas analogías y sus diferencias; subiendo de estos á las causas que los producen; y estudiando las leyes en virtud de las cuales obran estas causas.

La ciencia de las indicaciones distingue esencialmente la escuela de Cos de las otras escuelas antiguas; y esta misma ciencia distingue también la escuela de Montpellier de las demás escuelas modernas.

Barthez es el principal legislador de la terapéutica. Hipócrates solo profundizó los métodos naturales; pero tanto el legislador de Cos como el de Montpellier conocen que cada caso de enfermedad es un nuevo problema que ha de resolver el médico. Esta consideración debía conducir á Barthez á la creación de los métodos analíticos. En efecto (en medicina) él es el verdadero inventor de estos métodos; y nadie antes de él había espuesto los métodos empíricos con la profunda filosofía que él los espuso en varias obras, y mas particularmente en el prefacio de su tratado de las enfermedades gotosas.

Barthez es el Hipócrates de la moderna Cos; y en su escuela se formaron un Grimeaud, un Dumas, un Mr. Lordat, etc., etc.; estos sabios son el honor de la verdadera fisiología. ¿Por qué su doctrina no ha de ser mas conocida? Es demasiado profunda para el siglo presente.

No solo la fisiología sino también la patología y la terapéutica deben infinito á Dumas y á Mr. Lordat. Testigos la *Doctrina general de las enfermedades crónicas* del uno, y el *Tratado de hemorragias* del otro.

Mr. Berthez, este verdadero discípulo de Hipócrates y de Barthez, fué digno colega de Dumas y de Mr. Lordat, y también digno órgano de la terapéutica de Montpellier. A este sabio catedrático, modelo de profundidad en la ciencia, y de felicidad en el arte de curar, fué á quien eligió la escuela de Montpellier, de orden del gobierno francés, para que, en compañía de los excelentes prácticos Mrs. Lafabrie y Brusssonet, catedráticos también de la misma escuela, fuese á estudiar la terrible enfermedad que afligía una de las mas bellas provincias de España: la Andalucía.

El resultado de este viaje fué una obra que todos los verdaderos conocedores tienen por digna de Hipócrates.

¿Por qué esta obra no ha de ser mas conocida, mas estudiada, mas meditada? Repito lo que he dicho hablando de la doctrina fisiológica de la escuela de Montpellier; es demasiado profunda para el gusto del siglo presente.

Quizá es también demasiado larga, vista la pereza á que han acostumbrado los sistemáticos modernos á las nueve décimas partes de los hombres que ejercen el arte de curar.

Por esto me he resuelto á no traducir de la obra de Mr. Berthez sino solamente lo indispensable para dar al lector una idea exacta de la calentura amarilla, de sus causas y método curativo.

Así he dejado el capítulo I que contiene la historia del viaje de la comisión desde Montpellier hasta Cádiz; pero he traducido enteros los capítulos II, III, IV y V. En estos se vé la historia de la enfermedad, el análisis de sus síntomas esenciales y accidentales, la opinión de la comisión sobre su naturaleza; en fin el método curativo de este terrible mal. He compendiado el capítulo VI, que trata de las precauciones que deben tomarse contra la calentura amarilla, dándolo en forma de apéndice; y he omitido una infinidad de notas que no conducían directamente al fin que me he propuesto. Este ha sido el que tengan los jóvenes españoles que se dedican al ejercicio de la medicina una excelente monografía de la terrible enfermedad, á cuyos estragos están tan espuestas las mas hermosas provincias de España.

Lo repito: durante las grandes epidemias, en las ciudades afligidas por contagios destructores es cuando mejor se pueden evaluar los estragos que causan las doctrinas exclusivas de ciertos sistemáticos. Estos no tienen mas que una idea, ó, cuando mucho; dos que aplican á todo.... Pero no nos cansemos: la medicina práctica no puede ser útil á la humanidad sino en tanto que, analizando cuidadosamente las enfermedades, descubre todas las indicaciones que estas presentan, para fundar en ellas planes curativos dignos del arte que tiene por objeto la cura, ó al menos el alivio de los males que afligen al pobre género humano.

El compendio que vamos á leer es un modelo en cuanto á esto. No solo nos enseñará todo lo que debemos hacer en las epidemias de calentura amarilla, sino que también, leyéndolo con frecuencia, nos familiarizará con la aplicación del análisis á la medicina práctica; y no se necesita de mucho esfuerzo para concebir que este es el único camino que, en el ejercicio del arte, nos puede conducir á la verdad. ¡Cuántas desgracias se hubieran evitado en España y Gibraltar si todos los médicos se hubieran sujetado á este método!

En 1800 reinaba la mayor confusión entre las opiniones de los médicos de Andalucía. Unos decían que la enfermedad era la peste del Oriente; otros decían que el mal era simplemente constitucional, ó epidémico, otros que era la fiebre amarilla, etc.; y sobre el carácter contagioso de la enfermedad había también opiniones opuestas.

En cuanto se confundían la nosología ó la nosografía con la medicina práctica; en cuanto las clasificaciones arbitrarias de las enfermedades eran la única brújula que seguían los médicos en el ejercicio del arte, debía suceder con mucha frecuencia lo que sucedió en España. El grande empeño de los prácticos nosógrafos consiste en referir la enfermedad que tienen á la vista á tal ó tal punto del cuadro nosológico, para despues atacarla con todos los remedios que trae el autor. Así aun cuando la nosografía no fuese culpable de todos los delitos de que los partidarios rígidos del análisis médico la han acusado, la ligereza de la mayor parte de los

que ejercen el arte de curar enfatuados con los métodos nosológicos, debe causar graves males.

Mr. Berthez y sus compañeros, familiarizados con el verdadero análisis práctico; no se dejan preocupar. El primero, despues de haber reunido un gran número de hechos forma la historia general de la enfermedad; analiza esta; dá á cada elemento el lugar que le corresponde; y funda en el conocimiento de estos elementos sus planes curativos.

No dá á la enfermedad que vá á estudiar un nombre que pueda preocupar sobre su naturaleza; la llama *la enfermedad de Andalucía*: y solo despues de haberla analizado, despues de haber reconocido sus diferentes elementos, y comparádolos con los de otras enfermedades conocidas, pronuncia, en fuerza de la identidad mas absoluta, que es *la calentura amarilla*. ¡Cuán pocos médicos, por desgracia de la humanidad, son capaces de tan sabia reserva!

En las epidemias de calentura amarilla que se padecieron en España á principios de este siglo (1) fueron sacrificadas millares de víctimas en las aras del Brownismo. La debilidad que ocasiona la acción del miasma era lo único que veían los médicos brownianos.—¡Pero las inflamaciones que se unen con aquella debilidad!—Ellos prescindían: lo sublime de un sistemático en medicina consiste no tener mas que una idea (2).

Cuando la calentura amarilla se introdujo en Gibraltar en el año de 1828, cierto número de médicos de los que ejercían en aquella plaza se habían alistado bajo la bandera del nuevo reformador. Así no viendo en la calentura amarilla mas que inflamación, no ordenaban contra ella otro método que el anti-flogístico.—¡Pero la postración de las fuerzas ocasionada por la acción deletérea del miasma! ¡Pero la tendencia á la gangrena en estas mismas inflamaciones!.....—Esas son preocupaciones de la escuela antigua, en que no creen los partidarios de Mr. Broussais. No hay mas que inflamación, añaden: nosotros lo demostraremos en el cadáver.

Pero, Señores míos ¿no valdría mas curar los enfermos que darnos tan bellas é infinitas observaciones de anatomía patológica?

¡Qué de males causan á la especie humana las doctrinas médicas inventadas para adquirir fama ó dinero!... Los males que causan doctrinas tan propias para alimentar el charlatanismo médico solo pueden compararse á los que produce el político. ¡Parece que en nuestro desgraciado siglo se han unido uno con otro para asolar el mundo!

Queriendo dar una idea del objeto que me propuse conseguir con la traducción, ó compendio, de

(1) Sé muy bien la diferencia que existe entre una enfermedad simplemente *epidémica* y una enfermedad *contagiosa*. Pero ha prevalecido el uso de llamar epidémicas todas las enfermedades que atacan simultáneamente á un número muy considerable de individuos.

(2) Bien se vé que yo hablo aquí del mayor número de los médicos que en 1800 ejercían en Andalucía, y de ningún modo de aquellos observadores excelentes á quienes mi maestro Barthez tributó tan merecidos elogios. Estos últimos, como lo han hecho siempre los buenos médicos de todas las edades, analizaban *instintivamente* las enfermedades, fundaban en el conocimiento de sus elementos planes de cura racionales, y no se dejaban conducir por la funesta moda.

una obra tan útil, me ha parecido lo mejor publicar el prólogo que antecede: y las personas ilustradas é imparciales juzgarán si he andado desacertado cuando he deseado poder aclimatar en España la doctrina médica contenida en esta monografía y la de las viruelas. De la última hablé ya en mi escrito sobre *regeneración médica*.

Dos son las principales causas de los males que los *sistemas* llamados médicos han causado á la especie humana: 1.^a fundarse esos sistemas en principios estraños á la ciencia del hombre. 2.^a existir otros sistemas cuyos autores, si bien han tomado por base de su doctrina algun hecho perteneciente á la ciencia de la economía animal, ha sido generalizándolo tanto, y haciéndolo tan exclusivo, que fuera imposible no resultasen principios tan falsos y tan mortíferos en su aplicación, como los que adoptaron los médicos físicos, químicos, etc. etc.

Sería necesario estar ciego (y lo están todos los que se hallan acometidos del furor que producen los sistemas exclusivos) para no ver la multitud de escollos en que necesariamente naufraga la inteligencia de aquellos que, sin otra guía que sus imaginaciones, se embarcan, (para desgracia de la humanidad) en el mar de las falsas teorías (1).

Las monografías de que vengo hablando tienen por principal objeto alejar á la juventud de esos escollos: convenciéndola de que la verdadera ciencia médica no es, ni puede ser, otra cosa que un resultado necesario del estudio profundo é imparcial de todos los hechos observados, durante tres mil años, ya en el hombre sano, ya en el hombre enfermo, y reducidos á principios generales por los medios lógicos que con tanto acierto emplearon las escuelas de Hipócrates, de Bacon y de Barthez.

Solamente así se puede formar buenos médicos. Con el estudio de una idea exclusiva, convertida en sistema, no se conseguirá otra cosa que tener curanderos, charlatanes y pedantes (*).

(1) De esa ceguedad ví repetidos ejemplos en Sta. Cruz de Tenerife, cuando, el año de 1846, reinó en aquella capital la calentura amarilla.

Entonces tuve una de tantas ocasiones para convencerme de la inmensa distancia que existe entre las rutinas sistemáticas, puestas á lo orden del día, y la doctrina médica de la que yo hacia las mas felices aplicaciones.

¡Oh!... ¡Y cuanto se intrigó contra aquellos aciertos... A pesar de proclamar yo que su autor único era mi sabio maestro.

En efecto: al estudio de su obra debí la vida de mis hijos (como la de otros enfermos) gravemente atacados de la calentura amarilla.

Este estudio, la aplicación constantemente feliz que he hecho de los principios contenidos en la obra de mi maestro, y en la mía, á la curación de las enfermedades agudas en fin, mi deseo de ser útil á la juventud médica española; estas tres causas reunidas me han hecho pensar que los dos libros podrian publicarse bajo una misma cubierta, escribiendo en ella:

Filosofía práctica de la moderna Coos.

Napoleon el Grande fué quien dió este título á la escuela de Montpellier, al regalarla un busto de Hipócrates, el que habia traído del Oriente.

(*) Como que pudiera creerse por algunos que nuestras escuelas antiguas y aun modernas desinieren en su espíritu hipocrático y filosófico, á la de Montpellier, prometemos los artículos de fondo necesarios á desvanecer este error. (E. R.)

MADRID: 1852.—Imprenta de J. de M. Gonzalez, calle del Barco, núm. 6.